

el exilio

El miedo

Una mañana, nos regalaron un conejo de Indias. Llegó a casa enjaulado. Al mediodía, le abrí la puerta de la jaula.

Volví a casa al anochecer y lo encontré tal como lo había dejado: jaula adentro, pegado a los barrotes, temblando del susto de la libertad.

Un músculo secreto

La Abuela se llevaba muy mal con su cuerpo, en los últimos años porque su cuerpo, cuerpo de araña cansada, se negaba a seguirla.

-Menos mal que la mente viaja sin boleto -decía.

Yo estaba lejos, en el exilio. En Montevideo, la Abuela sintió que era llegada la hora de morir. Antes de morir, quiso visitar mi casa, pero con cuerpo y todo.

Llegó acompañada por mi tía Emma, en avión. Viajó entre nubes, entre olas, entre sueños, convencida de que iba en barco; y cuando el avión atravesó una tormenta, creyó que andaba en carruaje, a los tumbos, sobre el empedrado.

Estuvo en casa. Comía papillas de bebé y robaba caramelos. En plena noche quería escaparse hacia la playa, hacia la mar, pero se le enredaban las piernas.

Al cabo de un mes, me dijo:

-Ahora, ya me puedo morir.

Me dijo que no iba a morir en España para evitarme líos burocráticos, el traslado del cuerpo y todo eso; que ella bien sabía que yo odiaba los trámites.

Volvió a Montevideo. Visitó a toda la familia, casa por casa, pariente por pariente, para que todos vieran que había regresado de lo más bien. Entonces, a la semana de llegar, se acostó y se murió. Los hijos echaron sus cenizas bajo el árbol que ella había elegido.

A veces, la Abuela viene a verme en sueños. Yo camino al borde de un río y ella es un pez que me acompaña, deslizándose, suave, suave, por las aguas.

El pasaporte

La dictadura militar me negaba el pasaporte, como a muchos miles de uruguayos, y yo estaba condenado a pena de trámite perpetuo en el Departamento de Extranjeros de la policía de Barcelona.

¿Profesión? Escritor, escribí, de formularios. Aquel día no daba más. Yo sentía que ya estaba harto de las colas de horas en la calle y de los burócratas a quienes ni siquiera veía la cara:



EDUARDO GALEANO

Nació en Montevideo, Uruguay, en 1940. En su ciudad natal fue jefe de redacción del semanario "Marcha" y director del diario "Epoca". En Buenos Aires, Argentina, fundó y dirigió la revista "Crisis". Estuvo exiliado en Argentina y España, entre 1973 y principios de 1985, cuando regresó al Uruguay.

Publicó varios libros, entre ellos "Las venas abiertas de América Latina" (1971), "Vagamundo" (1973), "La canción de nosotros" (1975), "Días y noches de amor y de guerra" (1978) y los tres tomos de la "Memoria del fuego": "Los nacimientos" (1982), "Las caras y las máscaras" (1984) y "El siglo del viento" (1986). Sus obras han sido traducidas a más de veinte lenguas.

-Esos formularios no sirven.
 -Me los dieron aquí.
 -¿Cuándo?
 -La semana pasada.
 -Ahora hay formularios nuevos.
 -¿Me los puede dar?
 -No tengo.
 -¿Y dónde los consigo?
 -No sé. Que pase el siguiente.



Y después faltaban unos timbres, y en ningún estanco vendían esos timbres que faltaban, y yo había llevado dos fotos y eran tres, y las máquinas de sacar fotos funcionaban con monedas de veinticinco y ese día no había ni una sola moneda de veinticinco en toda la ciudad de Barcelona.

Ya estaba anocheciendo cuando por fin subí al tren, hacía mi casa de Calella de la Costa. Yo estaba reventado. Apenas me senté, me quedé dormido.

Me despertó un golpecito en el hombro. Abrí los ojos y ví a un tipo estafalario, vestido con un pijama en harapos:

-¡Pasaporte!...

El loco había cortado en pedacitos una cochina hoja de periódico, y estaba repartiendo los trocitos entre los pasajeros del tren:

-¡Pasaporte! ¡Pasaporte!...

La muerte

Ni diez personas iban a los últimos recitales del poeta español Blas de Otero. Nadie le hacía ni puto caso. Pero cuando Blas de Otero murió, muchos miles de personas acudieron al homenaje fúnebre que se le hizo en una plaza de toros de Madrid.

La muerte, ¿mejora a la gente? Los vivos merecemos desconfianza, somos peligrosos, asombrosos, inapresables, pero a los muertos se puede inventarlos a medida, sin riesgo de cambio ni contradicción; y en cada tumba uno pone lo que quiere encontrar. Los muertos no se mueven: es el amor a la muerte,

amor al orden inmóvil, el que se disfraza de amor a los muertos.

La culpa

Fue en un colegio de curas, en Sevilla. Un niño de nueve años, o diez, estaba confesando sus pecados por primera vez. El niño confesó que había robado caramelos, o que había mentido a mamá, o que había copiado un examen al vecino de pupitre, o quizás confesó que se había masturbado pensando en alguna prima. Entonces, desde la oscuridad del confesionario emergió la mano del cura, que blandía una cruz de bronce. El cura obligó al niño a besar a Jesús crucificado, y mientras le golpeaba la boca con la cruz, le decía:

-Tú lo mataste, tú lo mataste...

Julio Vélez, amigo mío, poeta, era aquel niño andaluz arrodillado. Han pasado muchos años. El nunca consiguió olvidarlo.

El origen del mundo

Hacía pocos años que había terminado la guerra de España y la

cruz y la espada reinaban sobre las ruinas de la república. Uno de los vencidos, un obrero anarquista, recién salido de la cárcel, buscaba trabajo. En vano revolvía cielo y tierra. No había trabajo para un rojo. Todos le ponían mala cara, se encogían de hombros o le daban la espalda. Con nadie se entendía, nadie lo escuchaba. El vino era el único amigo que le quedaba. Por las noches, ante los platos vacíos, soportaba sin decir nada los reproches de su esposa beata, mujer de misa diaria, mientras el hijo, un niño pequeño le recitaba el catecismo.

Mucho tiempo después, Josep Verdura, el hijo de aquel obrero maldito, me lo contó. Me lo contó en Barcelona, cuando yo llegué al exilio. Me lo contó: él era un niño desesperado que quería salvar al padre de los fuegos del infierno, y el padre, ateo tozudo, no quería salvarse, y se obstinaba en asarse a la parrilla por toda la eternidad:

-Pero papá -le dijo Josep, llorando-. Si Dios no existe, ¿quién hizo el mundo?

-Tonto -dijo el obrero, cabizbajo, casi en secreto-. Tonto. Al mundo lo hicimos nosotros, los albañiles.

Un sueño de Helena

Era el fin del exilio y Helena volvía a Buenos Aires, pero no sabía en qué idioma hablar ni con qué dinero pagar. Parada en la esquina de Pueyrredón y las Heras esperaba, en vano, que pasara el 60.

Se le habían roto los cristales de los anteojos y se le habían perdido las llaves. Cuando por fin las encontraba, las llaves le decían que ellas no servían para abrir las nuevas puertas.

Otro sueño de Helena

Ya el exilio había terminado, pero ella quería cerrar la valija y no podía. Hacía fuerza apoyándose en las dos manos y hasta se sentaba encima de la valija, y no había caso.

La valija, que no se dejaba cerrar, chorreaba trapos y otras cosas: *muchas otras cosas*.

El desafío

No lograron convertirnos en ellos, me escribió el Cacho El Kadri. Corrían ya los últimos tiempos de las dictaduras de Argentina y Uruguay, y el Cacho celebraba así la agonía del terrorismo militar. Nos habían obligado a mentir o callar, nos habían dado miedo por único alimento, miedo al desayuno, miedo al almuerzo y a la cena miedo, pero habían fracasado, porque no habían logrado convertirnos en ellos.

Yo leí esa carta del Cacho y después cerré los ojos y pensé, y quise: que así sea, que así siga siendo hasta que la muerte nos borre las líneas de la mano.

EDUARDO GALEANO

Me he despojado del dolor. Al fin. Aunque, a veces, siento de nuevo imprevisibles manos crispadas en mi frente. Y entonces su angustioso tacto me conforta. Porque, fuera de la tristeza y las recientes leyes del pánico aprendido, encuentro que nada poseo sino la anterior experiencia del cuerpo lacerado. Ahora deseo el dolor, como un privilegio inexcusable de la vida. Ruidoso dolor que no permitirá la ausencia, el hecho terrible de hallarse definitivamente solo, invertebrado.

SOCIEDAD ANONIMA

*Se aleje el vago de donde ocurra un loco
por si acaso y después que sea nunca
para bien de los mansos, contra paz de los graves
todo arriba y abajo, mediocre pero en uso.
Con un tal vez de aceras probándose los dedos
que obligan al zapato, los pies en las orejas,
de profundo a la gloria sumido sobre tablas
y escenas catedrales que anuncian tan soberbios.
Practica su liturgia sin dioses la locura
estigmas novedades herencias mariposas
reunidas en coronas que tañen las cornisas
de cuya hiriente voz el vago se destaca
con golpe vertebral a fuerza de leyenda.*

*Encontré una lluvia afilada hasta sus goznes,
la culpa oscilante y ombligos como llaves,
mujer de sal, herida, vertiente y numerosa
con la mano invitada al lugar de los venenos,
qué luna intacta, qué horror entre las sienas,
una corona así ceñida ante su estatua.*

PASAJE DEL TRONO BAJO CIUDADES SOMETIDAS

*Oh tus ojos resquicios que suenan como verjas
después de mayos siglos con voces de clausura
y la hiedra inmóvil al sol enardecida
del óseo mineral traduce martes por las venas.
Ay las pupilas tu músculo convexo y monedizo
en el magullado arroz que finge escombros
labiaba luz fatiga imaginaria
sobre la letra azul un mar efervescente.
Qué lejos si mirases la ruina irreversible,
esta pobre canción donde inútiles los pájaros
tropiezan y se abaten cubriéndonos de angustia,
de alas muy sencillas que amansan nuestras bocas.
Ví una mancha de aceite fundar el pie del mundo
y mi corazón húmedo y frío tras una llaga verde,
tristeza cómo abundas en el tiempo que cerró todas sus puertas,
de espaldas a la noche hundo mis manos para existir contigo
último pozo cerrado por donde el hombre ignora y se rebasa,
Cada vez más lejos y ciego y penitente
abocado a la piedra de labios mortuorios
que nunca habite el beso, pasión de la derrota,
tu hermano infame midiendo la conducta,
el impostor dulcísimo que sabe a quién esperas.*